

BIBLIOGRAFIA

J. CRUZ CRUZ, *Hombre e historia en Vico*. Ed. Eunsa, Pamplona, 1982, 388 pp.

El renovado interés que el pensamiento de G. Vico ha despertado en los últimos años es un fenómeno filosófico de primera magnitud e indudable interés. No es aventurado situar en 1911 —año en que se publica la obra de B. Croce *La filosofía de Giambattista Vico*— el momento inicial en que el pensamiento del napolitano comienza a atraer, con fuerza inusitada, la atención de pensadores y círculos filosóficos. Desde entonces, la atracción del filósofo italiano ha crecido de manera sorprendente. Se han creado instituciones —como el *Centro Di Studi Vichiani* de Nápoles y el *Institute for Vico Study* de New York— orientadas básicamente a redescubrir al olvidado pensador de Nápoles. Junto a ello, algunos autores contemporáneos de considerable altura han visto en Vico el comienzo germinal de sus propias posiciones. Karl Otto Apel, por ejemplo, considera a Vico el fundador de la primera filosofía trascendental, y, por ello, toma su pensamiento como punto de partida para el estudio de la filosofía del lenguaje. De manera semejante, Gadamer y Habermas consideran, respectivamente, que en Vico se encuentra la primera hermenéutica de carácter no estrictamente racionalista y el auténtico sentido de la praxis. Si a esto añadimos que Vico ha sido interpretado como idealista —Croce, Gentile, Spaventa—, estructuralista —E. Leach—, marxista —Sorel, Badaloni—, positivista —Ardigó—, tomista —K. Löwith— y, finalmente, como pensador estrictamente católico —F. Amerio—, tendremos un cuadro bastante completo de las diferentes perspectivas desde las que se ha dirigido innegable atención al pensador napolitano.

No existe, sin embargo, correspondencia armónica entre este indudable interés que acabamos de indicar y los estudios que en lengua española se han dedicado a Vico. Si exceptuamos algunas traducciones de autores extranjeros —las de las obras de R. Peters y L. Ginsó principalmente—, un par de obras de no excesivo valor de autores españoles —las de G. Uscatescu y J. Ferrater Mora— y el importante volumen, que con el título de *Vico y Herder. Homenaje en el segundo centenario*, publicó la Universidad de Buenos Aires en 1948, apenas existen otros trabajos de conjunto sobre el filósofo napolitano.

La obra de J. Cruz Cruz, *Hombre e historia en Vico*, viene a remediar este panorama desolador y a mediar en la selva de interpretaciones opuestas e, incluso, contradictorias, tratando de ofrecer una imagen cabal del autor napolitano, conseguida merced al firme propósito de “explicar a Vico con Vico” (p. 14).

Se trata de una obra rigurosa y bien articulada, que combina la altura especulativa y la agudeza argumentativa con la claridad expositiva. La estructura de la obra descansa sobre tres pilares básicos, cuyo carácter central los convierte en las piezas hermenéuticas decisivas. De ellos pende toda la armonía del edificio especulativo y, por ellos, resulta posible encontrar el hilo conductor que enhebra

y unifica los temas sólo aparentemente deshilvanados e inconexos. Los principios en cuestión son los siguientes:

a) La ley de la primacía ontológica de lo ideal-genético sobre lo fáctico (pp. 35-58).

b) El criterio genético de la verdad o axioma de convertibilidad del *verum* y el *factum* (pp. 58-89).

c) Principio de la precedencia de lo espontáneo sobre lo reflejo (pp. 135-173).

a) Dentro de la tradición platónica —y en neta oposición a la noción aristotélica de abstracción—, Vico asegura que la verdad, como idea eterna, no ha sido hecha por nosotros, sino que se halla en nuestra mente de manera innata. En el ámbito de la idea universal platónica, Vico distingue nítidamente dos orbes: el genérico y el genético. El plano genérico es aquel en que se mueven los lógicos, “aquello que se divide en la especie”. Las partes de este género son, pues, las especies, o, en términos viquianos, los “individuos”. El ámbito genético, en cambio, se refiere al género en su acepción vulgar —cuya expresión verbal sería “generar”—, y significa “la guisa o manera como algo se hace”. Las especies del género en esta segunda consideración serían las “apariencias” o manifestaciones de lo genético. Además, el ámbito genético coincide con la forma, entendida como “horma o matriz que genera la cosa” (p. 39). Existen dos tipos de formas: “las formantes y las formadas; y entre las formadas, otras dos clases: las formadas por el proceso genético de la forma formante y las formadas por el proceso extractivo que se queda con los caracteres comunes” (ibid.). A la forma formante la denomina Vico forma *metafísica*, y a la formada, forma *física*. Entre estos dos universos —el metafísico y el físico— la preeminencia corresponde al primero, pues se halla dotado de intencionalidad creativa por la que lo físico es puesto en acto, o, con otros términos, es llevado de la mera virtualidad a la existencia. Juan Cruz ha expresado este hiperrealismo genético viquiano, de honda raíz platónica, con palabras diáfanas: “Lo metafísico es así el reino de las formas formantes, dotado de una intencionalidad creativa. ‘Las formas metafísicas son las guisas por las que cada cosa particular llega a su ser actual’. El ámbito físico es el de la forma formada, el de la apariencia o el simulacro” (p. 45). Los calificativos con que Vico describe a lo metafísico están impregnados, una vez más, de un profundo aroma platónico. Es lo sustancial, la esencia (pp. 50-52), quietud superactual (pp. 52-54), plenitud iluminante (pp. 55-56), y, por último, posee un carácter inefable e indefinible (pp. 56-58).

b) Apoyándose en una argumentación oriunda de Malebranche, Vico no concede al *cogito* cartesiano más evidencia que la propia del hecho psicológico. Frente a semejante evidencia meramente fáctica, el pensador napolitano contrapone otra genética, pues estima que conocer “no es simplemente constatar, sino explicar” (p. 63). Pero como la explicación de algo exige inevitablemente remontarse a las causas, el criterio viquiano de verdad debe buscarse en la producción del proceso causal. “Conocer —dice J. Cruz Cruz— es captar lo que se hace. O de otra manera: el proceso de conocer se convierte con el proceso productor del objeto. En el acto de creación, producción o construcción del objeto se tiene el criterio explicativo de verdad, pues en él se equivalen el conocer y el hacer. La

verdad críticamente fundada se da en la génesis de lo hecho por la mente. *Veri criterium ac regulam ipsum esse fecisse*" (p. 63). Para no caer en cómodas interpretaciones idealistas —que han encontrado en este principio gnoseológico uno de sus más firmes apoyos— J. Cruz Cruz aclara que la mente no es, en rigor, la "causa formal del proceso existencial, sino causa eficiente de la estructura ideal construida" (ibid.). El axioma *verum-factum* expresa sólo una recreación mental. Ello resulta claro si se tiene en cuenta, por un lado, que Vico llama razón a "la conformidad de la mente al orden de las cosas" (p. 65), y, por otro, si atendemos a la propia definición viquiana de verdad: *mentis cum rerum ordine conformatio*. "La productividad de la mente humana —concluye J. Cruz Cruz— es, pues, relativa a la teoría innatista desde la cual se interpreta" (p. 89).

c) La mente humana posee, a juicio de Vico, tres facultades: sentidos imaginación y razón. La "infancia de la humanidad" alcanzó solamente un saber espontáneo, logrado gracias al concurso de las facultades prerreflexivas, a saber, sentidos a la razón. Sin embargo, este tránsito no hay que interpretarlo como la razón, consiguió la humanidad un saber propiamente reflejo. De modo que el hombre ha seguido un proceso de desarrollo caracterizado por el paso de los sentidos a la razón. Sin embargo, este tránsito no hay que interpretarlo como una especie de movimiento de lo no-humano a lo humano. "Tanto en la fase de espontaneidad, como en la de reflexión —afirma J. Cruz Cruz—, la mente humana está trascendentalmente abierta a la verdad y se define por esta apertura; ahora bien, en la fase de espontaneidad hay un predominio de los sentidos y la imaginación sobre la razón; en la fase de reflexión, tiene primacía la razón abstractiva, con cierto detrimento de la inmediatez vivencial" (p. 136). Creemos que J. Cruz Cruz acierta una vez más al interpretar de este modo a Vico, pues, según el napolitano, todas las facultades de la mente proceden de una fuente unitaria, centro de toda la vida cognoscitiva, gracias a la cual el hombre queda abierto a la totalidad del ser: el espíritu. Así pues, aun siendo la mente, "en cada momento de su desarrollo, sentidos imaginación y razón" (p. 136), las facultades inferiores empiezan a ejercerse antes que las superiores. La primacía, pues, de las facultades inferiores sobre las superiores es meramente cronológica, no ontológica. "O sea —aclara J. Cruz Cruz—, ontológicamente o en cuanto a la naturaleza, las facultades superiores son primeras respecto de las inferiores: aquéllas dan el sentido de éstas; temporalmente o en cuanto al ejercicio, las inferiores tienen carácter instrumental, sirviendo de base a la aparición de las primeras" (pp. 138-139).

Si pasamos a aplicar, de manera conjunta o aisladamente, estas claves hermenéuticas a los distintos temas de los que J. Cruz Cruz se ocupa en su obra, tendremos ocasión de comprobar cómo quedan por ellas definitivamente explicados. Esta armoniosa correspondencia confiere a la obra que reseñamos una solidez argumentativa enormemente rigurosa y una coherencia y armonía constructiva sorprendentes.

La jerarquía que Vico establece entre los distintos saberes, atendiendo al grado de exactitud de cada uno de ellos, queda explicada por el principio de hiperrrealismo genético y por el axioma de la convertibilidad del *verum-factum*. "La clave que nos va a permitir descubrir el carácter más o menos científico de cada disciplina —señala J. Cruz Cruz— será la actuación más o menos perfecta del principio gnoseológico del *verum-factum*" (p. 91. Nota). De los tres orbes de

objetos —el geométrico, el físico y el cultural— que se abren a la reflexión humana, el primero es exacto, porque “el espíritu humano es plenamente configurador y constructivo en las matemáticas” (p. 92); el segundo, en cambio, no, pues el hombre, al no hacer las cosas físicas, tampoco puede conocerlas con adecuación genética; finalmente, el tercer ámbito, el propiamente histórico, goza de un estatuto científico superior al de los otros dos. La Historia puede exhibir este privilegiado estatuto, en primer lugar, porque los productos históricos están hechos por la actividad creadora del hombre, y, en segundo, porque según el hiperrealismo genético viquiano, cabe distinguir entre artes exactas y artes conjeturales, “según que internamente dispongan o no de los elementos, los prototipos o, las formas de las cosas sometidas a sus operaciones” (p. 105). La Historia se encuentra entre las que poseen tales prototipos y, por ello, goza del más elevado grado de exactitud.

El principio de la precedencia de lo espontáneo sobre lo reflejo explica la poesía como primera sabiduría del hombre. El saber poético se inspira en los “universales fantásticos”, que, a su vez, se corresponden con el predominio de la espontaneidad y la imaginación. Frente al saber reflejo, pues, que se relaciona con el predominio de la razón, el poético goza de una anterioridad cronológica que lo convierte en la primera forma de sabiduría humana. El principio en cuestión ayuda a entender, igualmente, la primacía que en el despliegue del pensamiento tiene la Tópica sobre la Crítica, pues “Vico otorga la primacía natural a la Tópica creadora y prerreflexiva sobre el juicio lógico del discurso” (p. 180). La prioridad que, de modo semejante, Vico confiere a la síntesis con respecto al análisis queda explicada, en primer lugar, por las mismas razones aducidas para los casos de la poesía y la Tópica, pero, en segundo, por el criterio de la convertibilidad de lo verdadero con lo hecho, pues “todo lo que puede ser conocido tiene que ser puesto bajo la ley genética de la convertibilidad y, por tanto, de la producción sintética, porque en el análisis la descomposición no es productiva, no es un hacer estricto” (p. 185). Análogas razones, en fin, se convierten en las claves hermenéuticas decisivas que permiten explicar la precedencia genética del mito sobre la razón (pp. 195-222) y la prioridad expresiva del lenguaje silente sobre el propiamente articulado y sonoro (pp. 223-251).

Termina J. Cruz Cruz su obra con una serie de estudios, llenos de penetración y hondura, destinados a poner en claro otros tantos capítulos del pensamiento viquiano. El primero de ellos se ocupa de la prudencia y la retórica. La primera es entendida, siguiendo la tradición aristotélica, como “saber reflejo por el que la mente accede no propiamente al reino puro y necesario de las estructuras ideales o intemporales, sino al campo contingente de lo móvil y perecedero” (p. 235). Por su parte, la retórica queda definida como actividad “referida al plano de los caminos y medios que la comunidad debe seguir para lograr la verdad de lo justo” (p. 263). El segundo aspira a deslindar nítidamente las nociones de verdad y utilidad, y, sobre todo, a lograr una exégesis acabada del sentido común y sus contenidos propios. El sentido común viene a ser una peculiar “facultad subjetiva o *inteligencia natural* que adquiere conocimiento espontáneo de significaciones objetivas de validez permanente, especialmente concernientes a la ley moral y a la conexión con lo absoluto” (p. 227). Es, en suma, “la unidad de la conciencia humana en sus contenidos básicos” (*ibid.*). Los contenidos propios de esta decisiva facultad son la religión (pp. 281-285), los matrimonios (pp. 285-288) y los enterramientos (pp. 288-290). Los últimos capítu-

los, finalmente, se ocupan de la libertad y la Providencia y de la marcha sociopolítica de la libertad respectivamente.

Como podrá apreciarse, la obra de J. Cruz Cruz es exhaustiva, pues indaga la totalidad del pensamiento viquiano y lo agota, sin marginar temas, sólo aparentemente secundarios, pero que en el conjunto de la obra del autor tienen una precisa significación, que resulta imprescindible poner en claro para la cabal comprensión del conjunto. Por eso, nos parece que no nos excedemos si decimos que nos encontramos ante una obra completa y definitiva, que, sin perjuicio de las necesarias aportaciones que la investigación vaya proporcionando, ofrecerá una ayuda inestimable al estudioso que quiera acercarse al rico mundo del pensador napolitano.

JOSÉ LUIS DEL BARCO COLLAZOS